

JEAN TULARD

NAPOLEÓN



CRÍTICA

JEAN TULARD

NAPOLEÓN

Traducción de
Jordi Terré

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: mayo de 2012
Primera edición en rústica: abril de 2014

Napoleón
Jean Toulard

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Napoleon ou Le Mythe du Sauveur*

Jean Tulard
© Librairie Arthème Fayard, 1996

© diseño de la portada: Jaime Fernández, 2012
© de la imagen de la portada, Getty Images

© de la traducción, Jordi Terré, 2012

Fotocomposición: gama, sl

© Editorial Planeta S. A., 2014
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es
www.espacioacademicoycultural.com

ISBN: 978-84-9892-700-9
Depósito legal: B. 4971 - 2014
2014. Impreso y encuadernado en España por Book Print

SUMARIO

INTRODUCCIÓN: LA ELECCIÓN

Los bandos enfrentados	19
¿Qué bando elegir?	22
El golpe de Estado	25
Debates abiertos	32

PRIMERA PARTE: NACIMIENTO DE UN SALVADOR

1. El extranjero	39
2. El hombre de Paoli	49
3. El hombre de Robespierre	63
4. El hombre de Barras	75
5. ¿Sueño oriental o maniobra política?	95

SEGUNDA PARTE: LA REVOLUCIÓN SALVADA

6. El pasivo	109
7. Las nuevas instituciones	117
8. La paz	131
9. Un Washington coronado	155
10. Las victorias continentales	175
11. El Bloqueo Continental	201

TERCERA PARTE: EL EQUILIBRIO

12. El Imperio napoleónico	213
13. El reinado de los notables	233

14. Una economía de guerra	253
15. El estilo Imperio: ¿arte burgués o napoleónico?	267

CUARTA PARTE: LOS NOTABLES TRAICIONADOS

16. Del salvador al déspota	295
17. Una equivocación: la nobleza de Imperio	313
18. El patinazo de la política exterior: el avispero español	323
19. El despertar de los nacionalismos	339
20. El malestar religioso	349
21. La crisis económica.	357
22. Las derrotas	371
23. La caída	393
24. 1815: la última elección	409
25. La leyenda	425
Conclusión	437

ANEXOS

Mapa	444
Cronología napoleónica	445
Los ministros de Napoleón.	455
Los mariscales de Napoleón.	457
La familia de Napoleón	459
<i>Notas</i>	461
<i>Índice onomástico</i>	531

LOS BANDOS ENFRENTADOS

Octubre de 1799. El destino de la Revolución sigue siendo incierto.

Los realistas fracasaron por poco en Vendimiario y en Fructidor en su tentativa de tomar el poder. Es cierto que estaban divididos entre partidarios de una realeza constitucional y monárquicos intransigentes reagrupados en torno al conde de Artois, hermano de Luis XVIII y que preconizaba un retorno al Antiguo Régimen. Sus posiciones siguieron siendo fuertes en el oeste y el Mediodía. A muchos les parecía ineludible una restauración, pero ¿cuándo? ¿Y bajo qué forma?

A la izquierda, los neojacobinos. Estos triunfaron en las elecciones del año VI gracias a la posición predominante ejercida por los artesanos y los tenderos, que componían su clientela, en las asambleas electorales de las ciudades. Y aunque el Directorio anuló esas elecciones, volvieron a ganar al año siguiente. Su influencia fue importante en el Consejo de los Quinientos, y más débil en la segunda asamblea, el Consejo de los Ancianos. Su programa, más moderado que el de los babouvistas, algunos de los cuales, tras el fracaso de Gracchus Babeuf, se alinearon con ellos, los asimila a antiguos «terroristas»: reclamaban un régimen más democrático que la oligárquica constitución de 1795 entonces vigente; atacaban a los sacerdotes refractarios; pedían, finalmente, un refuerzo de las asambleas frente a las intrusiones del Directorio. La reanudación de la guerra, en 1799, y los desastres militares sufridos por Francia, les permitió lograr que se votara la ley de los rehenes, que hacía responsables a los familiares de emigrados de los atentados cometidos en la persona de los funcionarios, y el principio de un impuesto sobre las grandes fortunas. Dado que estaba res-

paldado por generales como Bernadotte, Jourdan o Augereau, el neojacobinismo era tan poderoso que aunaba a todos los descontentos. Pero, al ser más una coalición que un partido, carecía de coherencia. Además, la recuperación de la situación exterior gracias a las victorias de Brune en Bergen y de Masséna en Zúrich, el 26 de septiembre de 1799, debilitó su posición, al mismo tiempo que volvía impopular la política de terror que preconizaba. En agosto, Fouché, que se había convertido en ministro de la Policía, cerró sin problemas las puertas de la sociedad jacobina, llamada «sociedad constitucional», que hacía temblar anteriormente al Directorio. Los neojacobinos no dejaban de seguir disfrutando de sólidos apoyos en el ejército y en la administración.

¿Monarquía constitucional o República pura y dura?

Los «termidorianos», esos veteranos de las asambleas revolucionarias en el poder desde la caída de Robespierre, los Sieyès, Cambacérès, Merlin, Fouché, Quinette y otros, no quieren ni la restauración del rey (votaron mayoritariamente a favor de la muerte de Luis XVI), ni la «anarquía», en la medida en que representan los intereses de los nuevos propietarios surgidos de la venta de los bienes nacionales. Conscientes de una impopularidad debida al desgaste del poder y a su indiferencia hacia las miserias del pueblo, solo se mantuvieron merced a una serie de ilegalidades, desde el decreto de los 2/3 que apartaba a los realistas hasta el golpe de Estado de Floreal contra los jacobinos, sacrificando si era preciso a sus miembros más comprometidos. Barras, el hombre del Directorio desde su fundación, es el símbolo de todos los compromisos que los rodeaban.

Los objetivos de los termidorianos son imprecisos (se acomodan a una república burguesa), pero su clientela está muy bien definida: todos los «pudientes», todos aquellos que tendrían algo que perder con un cambio de régimen que conllevara un retorno a la monarquía o el desquite de los «vientres vacíos». No obstante, estaban divididos en dos corrientes. En el seno del Directorio, que detentaba el poder ejecutivo, el general Moulin y Gohier, antiguo ministro de Justicia durante el Terror, eran partidarios del mantenimiento de la constitución; en cambio Sieyès, flanqueado por un comparsa, Roger Ducos, juzgaba desdeñosamente esa constitución que no había redactado. Cualquier revisión requería un plazo de nueve años, por lo que el antiguo abad se veía reducido a un golpe de Estado interno, respaldado por un sable. Por eso consideró hacer un llamamiento al general Joubert antes de que este fuera asesinado, el 15 de agosto de 1799, en Novi. En esta operación, se garantizó el apoyo de los representantes de la «inteligencia francesa», los descendientes de los «filósofos», los Daunou, Caba-

nis, Destutt de Tracy, Garat y demás Volney que pertenecían, al igual que Sieyès, al Instituto Nacional de las Ciencias y las Artes fundado por la Convención termidoriana como sustitución de las academias. Barras, su quinto director, vacila; se le atribuyen simpatías realistas, e incluso orleanistas, simpatías que también se le atribuirían a Sieyès, cuando no se pretendía que trabajaba al servicio de «un príncipe extranjero».

A estas divisiones se vinieron a añadir otras causas de debilitamiento para el Directorio: una coyuntura económica catastrófica y una situación militar desastrosa con la reanudación de la guerra continental.

La situación militar era tan desastrosa que los directores llegaron a pensar en llamar al único general que permanecía todavía invicto, Bonaparte, al que se había enviado a Egipto con el pretexto de preparar la conquista de la India inglesa y, en realidad, para desembarazarse de un personaje incómodo. En este sentido, se preparó una carta, el 18 de septiembre de 1799, pero el anuncio de las victorias de Brune y Masséna la volvió inútil. Entonces fue cuando llegó la noticia del regreso de Bonaparte.

Este regreso modificaba la situación. Gohier escribió muy acertadamente en sus *Memorias* que el general Bonaparte, que se había vuelto célebre por sus victorias en Italia y luego en Egipto, iba a atraer «a todos aquellos hombres que no tenían espacio, a todos los descontentos».

Los realistas le atribuyeron en seguida intenciones favorables a su causa. Los moderados creían que sería el presidente de una república burguesa. Ni siquiera los jacobinos habían dejado de considerar, si creemos las *Memorias* de Jourdan, un «contragolpe de Estado» dirigido por Bonaparte para poner remedio al golpe de Estado que preparaba Sieyès y que Briot había denunciado en el tribuna de los Quinientos. Los ideólogos observaban que Bonaparte había sido elegido en el Instituto antes de partir hacia Egipto y Barras recordaba que le había protegido en sus comienzos.

Es decir que fortalecido por su prestigio ante la opinión pública a la que siempre fascinan los generales victoriosos y fortalecido también por la adhesión del ejército con el que se le acreditaba quizá equivocadamente, Bonaparte se encontraba en una posición de árbitro.

Si el cálculo personal, aunque también el realismo, le recomendaban, en 1799, dejar de lado, a pesar de una fuerte corriente en el país, una restauración de la monarquía que desencadenaría inmediatamente una guerra civil, podía elegir entre un gobierno de salvación pública apoyado por los jacobinos (aunque el precedente había dejado malos recuerdos), la consolidación del régimen dictatorial o el golpe de Estado con que soñaba Sieyès para llevar a cabo su revisión constitucional en beneficio de los «pudientes».

¿QUÉ BANDO ELEGIR?

El 9 de octubre de 1799, Bonaparte desembarcó en la bahía de Saint-Raphaël. No podemos sorprendernos de que su llegada suscitara un movimiento tan amplio de curiosidad que dispensó al navío de la obligatoria cuarentena estipulada para cualquier nave procedente de Oriente.

A mediodía, Bonaparte pisaba suelo francés, y seis horas más tarde emprendía la ruta hacia París. Había que actuar aprisa, prevenir cualquier decisión inoportuna del Directorio que pudiera considerar este regreso como un abandono de puesto. El efecto sorpresa era fundamental. Se perdió. Desde el día 10 de octubre, París conocía la noticia. Pero Bonaparte se benefició, en definitiva, de este contratiempo. En Aviñón, se dio cuenta de la popularidad que le había proporcionado la misteriosa y lejana expedición de Egipto. «La muchedumbre era inmensa. A la vista del gran hombre, el entusiasmo llegó a su plenitud, el aire resonó con aclamaciones y con el grito “Viva Bonaparte”, y esta muchedumbre y este grito lo acompañaron hasta el hotel donde descendió. Era un espectáculo electrizante.» ¿Cómo se explica este movimiento? «En esa época, se le consideraba como llamado a salvar a Francia de la crisis a la que la habían arrojado el lamentable gobierno del Directorio y los reveses de nuestros ejércitos.» Es posible que Boulard, en sus *Memorias*, de las que acabamos de reproducir un extracto, fuerce la significación política de la manifestación de Aviñón. Aparentemente, se trataba de un movimiento espontáneo. Luego las demostraciones adoptaron rápidamente un tono oficial. La municipalidad de Nevers solicitaba el 15 de octubre ser recibida por el general, en el hotel del Gran-Cerf donde se había apeado. Decididamente, este regreso revestía un sesgo cada vez más favorable. Llegado a París, el día 16, hacia las seis de la mañana, Bonaparte dedicó su primera visita, por la noche, a Gohier, presidente del Directorio. La acogida fue cordial. Sosegado, el joven general se presentó al día siguiente ante los cinco representantes del poder ejecutivo para una recepción oficial. Su indumentaria causó sensación: sombrero redondo, levita de paño color oliva y cimitarra turca en la cintura. Sus palabras sorprendieron agradablemente a los directores: solo desenvainaría la espada —en este caso la cimitarra— para defender a la República y a su gobierno. ¿Era acaso sincero y se creía todavía, o pretendía ser, el salvador de un Directorio que, tal como se lo habían descrito, estaba acorralado?

Su hotel de la Rue de la Victoire estaba asediado por visitantes que acudían para hablar acerca de la situación política. Mantuvo conversacio-

nes con Talleyrand, Roederer, Maret, futura eminencia gris, y luego con Fouché. Todos mostraron a Bonaparte un Directorio en descomposición y se esforzaron por arrastrarlo a la oposición. Se le han reprochado a Bonaparte sus titubeos: regresó a París el 16 de octubre y el 10 de noviembre será dueño de Francia. ¿Podría haber ido más rápido?

El juego político era complicado. A los defensores del *statu quo* (los directores Gohier y Moulin), que tenían la legalidad a su servicio (y ya se había comprobado su peso después de la expulsión fuera de la ley de Robespierre), se oponían Barras, al que se le atribuían cada vez más intenciones de restauración monárquica, los neojacobinos, vencedores en las últimas elecciones y que todavía podían contar con numerosos diputados y con generales republicanos, y, finalmente, los termidorianos, que deseaban confiar a Sieyès la revisión de la constitución de 1795 para volverla más eficaz y prevenir de ese modo tanto el regreso del rey como los progresos de la anarquía, en suma, garantizar su mantenimiento en el poder. Podían invocar una garantía intelectual, la de los «ideólogos», los defensores de la filosofía de la Ilustración que reinaba en el Instituto al que pertenecía igualmente Bonaparte.

Si algo resulta chocante en la actualidad, es la imprecisión de todos estos proyectos: nadie sabía, a fin de cuentas, cómo concluir la Revolución.

Bonaparte parecía haber limitado inicialmente sus objetivos a su entrada en el Directorio. Pero el límite de edad, fijado en cuarenta años, lo excluía, y Gohier, quizá durante una cena ofrecida el 22 de octubre, se mostró inflexible.

La tentación jacobina no era menor. ¿Cómo el autor del *Souper de Beaucaire* [«La cena de Beaucaire»], el amigo de Robespierre el Joven, no habría de sentirse atraído por ese campo? El neojacobinismo, cuya implantación en las administraciones provinciales y en el ejército (Bernadotte, Jourdan) era fuerte, preconizaba desde el año VII un gobierno de salvación pública. Sin embargo, el voto de un impuesto obligatorio había asustado a amplios sectores de la burguesía y del campesinado acomodado. Además, Bonaparte chocó con Bernadotte: oposición de carácter, concepciones diferentes de la República y, desde luego, rivalidad amorosa a propósito de Désirée Clary, la antigua prometida de Bonaparte con quien se había casado Bernadotte. La carta jacobina era difícil de jugar.

En lo que concierne a Barras, Bonaparte no sentía por él otra cosa que desprecio. El fasto del Luxemburgo, el cinismo del personaje, sus favoritos, todo le irritaba. Y también en ese caso la responsabilidad corría en parte a cargo de una mujer: Joséphine, la antigua prometida del director corrupto.

Quedaba Sieyès. Impenetrable, el ex abad se contentaba simplemente con declarar que había llegado el momento de aplicar el plan constitucional que había madurado durante varios años. El prestigio político del autor de la famoso folleto *¿Qué es el Tercer Estado?* era considerable. Se pensaba que sería él quien cerraría el abismo de la Revolución gracias a esa constitución tan a menudo anunciada y tan esperada, que debía tranquilizar a todos aquellos a quienes inquietaban las amenazas que pesaban sobre los principios sagrados de la propiedad y de la igualdad jurídica. «La ideología» podía servir como vínculo entre dos miembros del Instituto, que no pertenecían, es cierto, a la misma sección.

Un primer encuentro entre Sieyès y Bonaparte, el 23 de octubre, no condujo a nada. Tal vez el pasado jacobino del general inquietaba al antiguo abad, que hubiera preferido a Moreau, aun cuando este era sospechoso inversamente de simpatías monárquicas. La entrevista decisiva tuvo lugar bien el día 1, o bien el día 6 de noviembre. En realidad, Sieyès no tenía las manos libres. La revisión de la constitución era legalmente imposible: era indispensable un procedimiento complicado y un plazo de nueve años para modificar sus artículos. Era pues necesario recurrir a la fuerza, promover un nuevo golpe de Estado. Sieyès concebía su desarrollo de la siguiente manera: la creación de un vacío en el ejecutivo que arrastrase, como en 1792, la caída del legislativo. Los consejos designarían una comisión encargada de redactar una nueva constitución que daría cuenta de las imperfecciones de la precedente. Para intimidar al legislativo, serían necesarios algunos movimientos de tropas. Se blandiría un sable, pero para volverlo a introducir pronto en su funda.

El vacío que había que crear en el Directorio no presentaba dificultad: Sieyès lo abandonaría al igual que Roger Ducos, su acólito. Comprando a un tercer hombre, Barras por ejemplo, todo estaría dicho. Podía temerse una reacción jacobina en el seno del Consejo de los Quinientos: con el pretexto de un complot, se harían transportar las asambleas fuera de París con el fin de privarlas de eventual apoyo de los arrabales. Con excepción de Perregaux, las altas finanzas, contactadas, eran reticentes: los millones necesarios tendrían que ser suministrados por un abastecedor del ejército italiano, Collot.

Bonaparte entró en juego, como muy tarde, el 6 de noviembre. Se le concedía, al parecer, el nombramiento de cónsul provisional; y por añadidura, tendría un derecho por encima de la constitución que se sometería a la aprobación de las asambleas. La importancia de las concesiones de Sieyès era tanto mayor en la medida en que se preveía un golpe de Estado

parlamentario, en el que a los militares les correspondía sobre todo un papel de comparsas. La expresión de golpe de Estado resulta incluso excesiva, porque todo debía desarrollarse dentro de una relativa legalidad. No chocar de frente con la ley: imperativo heredado de la Revolución. La actitud equívoca de Bonaparte ya le habría valido, si creemos a los periódicos, un descenso apreciable de popularidad.

EL GOLPE DE ESTADO

La operación prevista por Sieyès se puso en marcha sin dificultades. En la noche del 8 al 9 de noviembre (del 17 al 18 de brumario) se tomaron las disposiciones militares, se enviaron las proclamas a la imprenta de Demonville y se dirigieron las convocatorias a los miembros del Consejo de los Ancianos. Fue este Consejo el que, constitucionalmente, determinó el lugar donde celebraría su sesión el Cuerpo Legislativo; además, contaba en su seno, al revés que los Quinientos, con una fuerte fracción favorable a Sieyès.

El 9 de noviembre (18 de brumario), a las siete y media, la expedición entró en las Tullerías. Todavía sin acabar de despertar, boquiabiertos por el movimiento de las tropas, los Ancianos supieron por uno de los suyos, Cornet, diputado de Loiret, que la República estaba amenazada. Régnier, en una alocución patética, transformó su perplejidad en extravío. Les aconsejó abandonar París y trasladarse a las inmediaciones, en este caso el castillo de Saint-Cloud. «Allí, a resguardo de sorpresas y de ataques repentinos, podréis, con calma y seguridad, pensar en los medios necesarios para hacer desaparecer los peligros e incluso destruir sus causas para el futuro.»

Se votó un decreto:

Artículo primero. — Se transfiere el Cuerpo Legislativo a la comuna de Saint-Cloud. Ambos consejos se reunirán allí en las dos alas del palacio.

Artículo 2. — Se trasladarán allí la mañana del 19 de brumario al mediodía. Se prohíbe cualquier continuación de las funciones y de las deliberaciones en otro lugar y antes de ese tiempo.

Artículo 3. — Se le encarga al general Bonaparte la ejecución del presente decreto. Tomará todas las medidas necesarias para la seguridad de la representación nacional.

Artículo 4. — Se llama al general Bonaparte a presentarse ante el Consejo para recibir un despacho del decreto y prestar juramento.

Las ocho y media. Se le advierte a Bonaparte de que ha sido votado el decreto. Inmediatamente, sube al caballo y se dirige, rodeado de una brillante escolta de oficiales, a las Tullerías. Admitido en el Consejo de los Ancianos, expone en pocas palabras la situación: «Ciudadanos representantes, la República perecía, vosotros os disteis cuenta y vuestro decreto acaba de salvarla. ¡Ay de quienes pretendan los disturbios y el desorden! Ayudado por el general Lefebvre, el general Berthier y todos mis compañeros de armas, los detendré ... Vuestra sabiduría ha expedido este decreto; nuestros brazos sabrán ejecutarlo. Queremos una República fundada en la verdadera libertad, en la libertad civil, en la representación nacional; juro, en mi nombre y en el de mis compañeros de armas, que la tendremos». «Lo juramos», repiten a coro los generales que rodean a Bonaparte, a saber, Berthier, Lefebvre, Marmont, etc. Varios movimientos fueron rápidamente sofocados, por la impresión que causó en algunos diputados la intrusión de estos militares ruidosos y arrogantes.

Bonaparte baja de nuevo a los jardines de las Tullerías donde encuentra a Bottot, secretario de Barras. Lo lleva ante las tropas estacionadas alrededor del palacio y le impreca de este modo: «¡En qué estado dejé Francia y en qué estado me la he encontrado! ¡Os dejé la paz y me encuentro con la guerra! ¡Os entregué conquistas y el enemigo atraviesa nuestras fronteras! ¡Dejé nuestros arsenales llenos y no he encontrado ni un arma! ¡Os dejé los millones de Italia, he vuelto a encontrar por doquier leyes expoliadoras y la miseria! ¡Este estado de cosas no puede durar! Antes de tres meses, nos llevaría al despotismo. ¡Queremos la República asentada sobre las bases de la igualdad, de la moral, de la libertad civil y de la tolerancia política! Con una buena administración, todos los individuos olvidarían las facciones en las que tuvieron que alistarse para que se les permitiera ser franceses. ¡Ha llegado el momento, en fin, de que se rinda a los defensores de la patria la confianza a la que tanto derecho tienen! De creer a algunos facciosos, ¡pronto acabaríamos siendo todos enemigos de la República, nosotros que la hemos fortalecido con nuestro trabajo y nuestro valor! ¡No conozco gente más patriota que los valientes que fueron mutilados en el servicio a la República!».

Esta arenga no prevista en el plan de los conspiradores respondía a una finalidad precisa: excitar el entusiasmo de los soldados cuyas profundas convicciones se ignoran y desacreditar no solo al Directorio, sino también a los jacobinos (alusión a las leyes expoliadoras dirigidas contra ellos). El éxito obtenido por Bonaparte fue total. Los soldados aclamaron a su general. De ese modo, el ejército estaba dispuesto a barrer al poder

civil. Bonaparte, que quizá imagina un futuro enfrentamiento con Sieyès, sabe que podrá contar con las tropas estacionadas en París.

A las once. La noticia del decreto votado por los Ancianos llegó al Consejo de los Quinientos. Se levantaron protestas, pero no se delineó ninguna resistencia contra el traslado a Saint-Cloud, una resistencia que hubiera sido ilegal.

Todavía era preciso crear un vacío de poder al frente del ejecutivo. Sieyès y Roger Ducos renunciaron pronto a sus funciones. ¿Y Barras? Talleyrand, asistido por Bruix, era el encargado de obtener su dimisión. Se presentó en el Luxemburgo cuando el director estaba sentado a la mesa. Una mesa prevista para treinta cubiertos, pero que no había atraído más que a un solo comensal, el financiero Ouvard. Barras ya se había dado por enterado. Escucha distraídamente a Talleyrand, abre una ventana, percibe a los soldados y no insiste. Firma una rápida carta de dimisión donde declara que «ingresa con alegría en el rango de simple ciudadano». Talleyrand le besa las manos, le asegura que ha salvado una vez más a la República y se embolsa, como se dice, los millones que le habría confiado Bonaparte para sobornar a su antiguo protector. Barras parte en camino hacia Grosbois. La desaparición de este rudo luchador confirma a los conspiradores la excelencia de sus planes. Moulin y Gohier, últimos directores en negarse a entregar su carta de dimisión, son retenidos en el palacio del Luxemburgo bajo custodia del general Moreau. El Directorio ha dejado de existir.

Caía la noche sobre un París que no se había sobresaltado y parecía indiferente. Se había ganado la primera manga. Bonaparte habría confiado a su secretario antes de irse a acostar: «Esto no ha ido muy mal hoy. Veremos mañana». En realidad, para Sieyès, nada había acabado. Adivinó que el Consejo de los Quinientos, donde actuaban los jacobinos, no se dejaría manejar. Si acusara a Bonaparte, ¿abandonarían las tropas, exaltadas, a su jefe, como cuando la Convención declaró a Robespierre fuera de la ley? ¿No sería necesario detener o apartar en seguida, bajo cualquier pretexto, a los cuarenta diputados más enérgicos? Pero Bonaparte siempre se opuso a ello. ¿Por un prurito de legalidad? ¿Por una voluntad de romper con los métodos revolucionarios que impedirían a continuación esa reunificación nacional con la que soñaba? ¿Por una última sacudida de simpatía hacia los jacobinos? ¿O por un propósito táctico que trataba de complicar la operación de manera que le permitiera a Bonaparte desempeñar en ella una función más importante que la que le había reservado Sieyès?

El segundo acto tiene como decorado el castillo de Saint-Cloud, el 19 de brumario. La reunión de los consejos estaba prevista para mediodía. Había que dar permiso a las tropas para movilizarse. Pero eso significaba a la vez conceder a los diputados el tiempo de ponerse de acuerdo. Bonaparte llegó al final de la mañana con Berthier, Gardanne, Lefebvre y Leclerc. Se dice que había seis mil hombres alrededor del castillo bajo el mando de Murat. También había que contar con Sébastiani y sus dragones. Lannes permaneció en París con otras tropas. Según los testimonios, los soldados prorrumpieron frases hostiles contra «los abogados y los oradores», designados como responsables del retraso en las pagas, las suelas agujereadas y la penuria de tabaco. Iniciada con la algarada contra Bottot, la acción psicológica de Bonaparte se desarrolló eficazmente en las filas de los soldados.

La sesión del Consejo de los Ancianos, instalada en la galería de Apolo decorada por Mignard, se inició a la una del mediodía bajo la presidencia de Lemercier. Varios representantes que, deliberadamente, no habían sido convocados la noche antes, plantearon preguntas; los que participaban en la conjura les respondieron con un tono azorado. Para respetar las formas legales, Bonaparte aguardaba en un salón a que el Cuerpo Legislativo hubiera tomado acta de la dimisión del Directorio y se lo notificara al Consejo de los Quinientos, primera etapa antes de la designación de un gobierno provisional. Las deliberaciones se eternizaban. De pronto, Bonaparte no pudo contenerse. «Hay que acabar», declaró. Su aparición en el recinto de los debates causó sensación. Según Bourrienne,

la entrada de Bonaparte fue brusca y colérica; me pareció un indicio de que no iba a decir nada bueno. Todos los discursos que se han puesto en boca de Bonaparte desde su entrada difieren entre sí, como es natural, porque no pronunció ninguno a los Ancianos, a menos que se llame discurso a una conversación mantenida sin nobleza ni dignidad. No se oían otras palabras que estas: «hermanos de armas», «la franqueza de un soldado». Las preguntas del presidente se amontonaban con bastante rapidez, eran nítidas. En cambio, nada más confuso ni peor enunciado que las respuestas ambiguas y embrolladas de Bonaparte. Hablaba sin continuidad de volcanes, de sordas agitaciones, de victorias, de constitución violada; incluso profería reproches contra el 18 de fructidor, cuyo primer promotor y más poderoso valedor fue él mismo. Pretendía haber ignorado todo hasta que el Consejo de los Ancianos le había llamado en socorro de la patria. Luego venían «César, Cromwell, tirano». Repitió varias veces: «No tengo otra cosa que deciros», y no decía nada ... Me percaté del pésimo efecto que producía esa palabrería sobre la

asamblea y la progresiva turbación de Bonaparte, y le susurré en voz baja, dándole un suave tirón en el faldón de su traje de gala: «Abandone la sala, general, no sabe lo que está diciendo».

Sin duda, las *Memorias* de Bourrienne están marcadas por la malevolencia, pero todos los testimonios coinciden en subrayar la turbación del general.

Una vez fuera, Bonaparte recobró la serenidad y, con paso firme, se dirigió hacia la Sala de Conferencias del Consejo de los Quinientos, instalada apresuradamente en la Orangerie del castillo. Los debates que se desarrollaban allí eran agitados. Los conjurados no tenían la mayoría en esa asamblea y tuvieron que enfrentarse con una vigorosa oposición. Se ponía en duda la dimisión de Barras. De pronto, un ruido de armas interrumpió al orador que estaba en la tribuna. Bonaparte acababa de entrar.

De los acontecimientos que siguieron, hay relatos para todos los gustos. Desde el momento de su aparición, fue interpelado, rodeado y luego zarandeado por los diputados. De todos lados surgían gritos: «¡El dictador está fuera de la ley! ¡Viva la República y la Constitución del año III! ¡Muramos en nuestro puesto!». Se atribuye a Destrem el célebre escarnio: «General, ¿es por esto acaso que has vencido?».

Luciano Bonaparte, que presidía el Consejo, no consiguió restablecer la calma. Algunos soldados del entorno de Bonaparte se esforzaron en sacarlo de allí y protegieron su salida. El general estaba sofocado, pálido y con la cara ligeramente ensangrentada.

La partida estaba perdida. Bonaparte parecía haber dejado pasar su oportunidad. Como temía Sieyès, los diputados exigieron la destitución del general. Bertrand, de Calvados, solicitó que se le retirara el mando de los granaderos de la guardia parlamentaria. Talot propuso que el Consejo regresase a París, y, de pronto, alguien aulló: «¡Votemos la proscripción del general Bonaparte!». Terrible amenaza. Sin duda, se necesitaba el acuerdo de los Ancianos, pero en el desvarío todo el mundo olvidó esta necesidad constitucional. Bastaba con que un general enérgico se pusiera al frente de las tropas, como Barras en Termidor, para poner fin a la conspiración. Luciano se dio cuenta del peligro. Para ganar tiempo, después de haber intentado vanamente justificar a su hermano, renunció a sus insignias de presidente y dejó a la asamblea estupefacta. Afuera, se subió a un caballo e improvisó una arenga ante la guardia de la corte de honor: «El presidente os declara que la inmensa mayoría de este Consejo está siendo aterrorizado en este momento por unos pocos miembros provistos

de estiletes que han puesto sitio a la tribuna, amenazan de muerte a sus colegas y sacan adelante las deliberaciones más espantosas ... Esos bandoleros no son ya los representantes del pueblo, sino los representantes del puñal». Luciano habría señalado entonces el rostro manchado de sangre de su hermano. Así nacería la leyenda de los puñales. Y luego, con un gesto teatral pero eficaz, reclamando una espada, juró que atravesaría a su propio hermano si este se transformara en un tirano.

Los soldados de la guardia parlamentaria vacilaron, pero, sobre todo, sintieron tras ellos la impaciencia y la cólera de las tropas llevadas por Bonaparte. Se pusieron a redoblar los tambores. Murat se puso al frente de los granaderos y se dirigió a la Orangerie. Leclerc se unió a él. «¡Echadme a toda esa gente de ahí!», gritó Murat. En cinco minutos, se vació la Sala de Conferencias del Consejo de los Quinientos al son de los tambores. No había lugar para maniobras parlamentarias; el plan de Sieyès se había arruinado. La entrada en escena del ejército modificó el desarrollo de la operación prevista por el antiguo abad, que fue uno de los perdedores del altercado. Para recuperar el hilo, era preciso, apresuradamente y en plena confusión, reunir a un cierto número de Ancianos con los miembros de los Quinientos que se pudieran encontrar en los jardines de Saint-Cloud y convencerlos de la necesidad de esta reunión. Esta asamblea improvisada tomó acta del vacío de poder del ejecutivo y sustituyó al Directorio por un triunvirato consular formado por Bonaparte, Sieyès y Roger Ducos. El Cuerpo Legislativo fue aplazado; dos comisiones recibieron el encargo de preparar una nueva constitución en un plazo de seis semanas. Finalmente, se excluyó a sesenta y un diputados (jacobinos) de la representación nacional. A las once de la noche, Bonaparte, que se había repuesto y había adoptado el papel de jefe de la conjura, firmó una proclamación en la que relata, a su manera, el desarrollo del golpe de Estado, mencionando especialmente la tentativa de asesinato de la que habría sido víctima en el Consejo de los Quinientos. No se hubiera salvado de no ser por la intervención de los granaderos del Cuerpo Legislativo: «Los facciosos, intimidados, se dispersaron y alejaron. La mayoría, a salvo de sus embates, regresó libre y apaciblemente a la Sala de Conferencias; oyó las propuestas que debían serle hechas para la salvación pública, deliberó y preparó la resolución saludable que debía convertirse en la ley nueva y provisional de la República».

París no se inmuta. Desde germinal y prarial, el resorte revolucionario parece aplastado en la capital por lo demás desarmada. Ha sido aniquilado cualquier espíritu crítico: los parisinos aceptan sin chistar la versión de los

acontecimientos que se les propone. Es en provincias donde se produce un tímido sobresalto. Las administraciones departamentales, en manos de los jacobinos, intentaron organizar la resistencia. Inútilmente. La opinión pública está demasiado cansada para enredarse en una nueva guerra civil.

«Uno de los golpes de Estado peor concebidos y peor desarrollados que imaginar se pueda, que triunfó por la omnipotencia de las causas que lo presidían, el estado anímico de la población y las disposiciones del ejército, y quizá incluso más por la primera causa que por la segunda»: así fue, según Tocqueville, el 18 de brumario.

En París, los tres nuevos cónsules se instalaron provisionalmente en el Luxemburgo en lugar de los directores. ¿Quién sería el presidente? Roger Ducos se inclinó por Bonaparte: «Es totalmente inútil votar la presidencia; os pertenece en derecho». La conjura de brumario cambió de jefe, si no de sentido.

Frente al empuje neojacobino y las amenazas realistas, los termidorianos creyeron que el nuevo golpe de Estado los mantendría en el poder. Después de la caída de Robespierre, habían carecido de popularidad y de autoridad: el general Bonaparte les aportaba la primera —era el hombre de la paz de Campo Formio—; en cuanto a la autoridad, debía proporcionársela la revisión constitucional preconizada por Sieyès.

Jacques Bainville tiene razón al subrayarlo: el Brumario no se distingue de otros golpe de Estado. Se presentó a los contemporáneos como la victoria de una facción política que ya gobernaba Francia desde hacía cinco años; suscitó pocas interrogaciones y todavía menos entusiasmo. Al menos se sabía que no afectaría a los principios de la Revolución de los que se erigían como guardianes los ideólogos, ni tampoco a los intereses de la nueva burguesía, la de los que adquirieron los bienes nacionales. Sin duda, Benjamin Constant había prevenido a Sieyès, la noche del 18 de brumario, cuando se conoció el aplazamiento de los consejos: «Esta medida me parece desastrosa, como si destruyera la única barrera que podría oponerse a un hombre con el que os habéis asociado en la jornada de ayer, pero que por ello significa una amenaza mucho mayor para la República. Sus proclamaciones en las que solo habla de sí mismo, en que dice que su regreso ha suscitado la esperanza de que pusiera un término a los males de Francia, me convencieron más que nunca de que en todo lo que hace no ve otra cosa que su elevación. Sin embargo, tiene de su lado a los generales, a los soldados, al populacho aristocrático y a todo aquel que se entrega con entusiasmo a la apariencia de la fuerza. Del lado de la República está usted, y ciertamente es mucho, y la representación que, mala o no,

siempre será capaz de poner un dique a los proyectos de un individuo». El papel del ejército había sido mayor que el que se preveía, pero la alianza entre Bonaparte y los «termidorianos» transformados en «brumarianos» parecía sólida, y el general, a pesar de los prejuicios favorables tanto del lado de los realistas como de algunos jacobinos, se había cerrado las otras puertas. La revolución «burguesa» entraba en vías de consolidación. «Habrá de convenirse —escribía el economista Francis d'Ivernois, algunos meses después de Brumario—, que los franceses no han defendido nada mal sus bolsas.» Por su parte, uno de los artesanos del golpe de Estado, Regnault de Saint-Jean-d'Angély, apuntaba:

En la época de la Asamblea Constituyente, una facción se levantó para atacar las propiedades. Se contemporizó con ella, en lugar de reprimirla; se le cedió cobardemente una parte del principio, en lugar de defender valientemente la totalidad. Luego, esta facción, enemiga del orden social, aniquiló todas las garantías de la propiedad. Cada pequeña revolución producida en el seno de la grande se llevó a cabo al precio de un nuevo atentado dirigido contra la propiedad. Únicamente la revolución del 18 de brumario tiene un carácter diferente: se realizó en favor de la propiedad.

DEBATES ABIERTOS

La situación del Directorio ¿hacía necesario un golpe de Estado? Todos los historiadores de Brumario creen que sí. No había otra salida. El papel de los principales actores es, en cambio, menos conocido. ¿A qué se debió la pasividad de Barras? ¿Fue engañado por los conspiradores? (Garnier, *Barras*, 1970.) ¿Fue sobornado con los millones que se había encargado de entregarle Talleyrand? Así lo creen A. Vandal, P. Gaxotte (*La Révolution française*) y L. Madelin; Garnier es más reservado. *Les Mémoires de Barras* rechazan una hipótesis semejante. Estamos mejor informados sobre Sieyès gracias a dos estudios fundamentales: Netton, *Sieyès* (1901), y P. Bastid, *Sieyès et sa pensée* (nueva ed. 1970), que completa R. Marquant, *Les Archives Sieyès* (1970; se encuentra ahí la frase de Benjamin Constant que pone en guardia a Sieyès contra Bonaparte, el 19 de brumario). L. Madelin explica el papel completamente desdibujado de la policía por el doble juego de Fouché (*Fouché*, t. I, 1923). Otros actores: Talleyrand (G. Lacour-Gayet, *Talleyrand*, 1928, t. I, cap. XX); Réal (Bi-

gard, *Le Comte Réal, ancien jacobin*, 1937) y, sobre todo, Luciano (Pietri, en *Lucien Bonaparte*, 1939, que piensa que Luciano no intentó actuar por su cuenta, como afirmaba Masson, en *Napoléon et sa famille*, sino que había participado plenamente en la conjura de Sieyès). Innegablemente, si Boulay de la Meurthe o Daunou, demasiado blandos, hubieran presidido los Quinientos, Bonaparte habría sido declarado proscrito. Fue Luciano quien garantizó el éxito del complot, y salvó las apariencias legales. F. Pietri retomó esta idea forzándola un poco en *Napoléon et le Parlement* (1955). Según él, allí no hubo un «golpe de Estado», sino «una revisión constitucional normal que Bonaparte, por su parte, había trastocado inútilmente». En su *Lucien Bonaparte* (1985), A. Pietromarchi estima que «Brumario no fue más que la culminación de Fructidor: con el primer golpe de Estado, Barras y la nueva burguesía habían puesto fin a la experiencia liberal termidoriana»; Brumario prolongaba la dictadura bajo una forma distinta, frente al peligro realista.

En cuanto a la corriente neojacobina contra la que se llevó a cabo el golpe de Estado, fue analizada por I. Woloch, *Jacobin Legacy. The democratic movement under the Directory* (Princeton, 1970), sin responder no obstante a las preguntas que se plantean sobre la naturaleza y la composición social del movimiento. ¿Cómo se produjo la financiación del 18 brumario? Los banqueros fueron reservados. Lecouteulx de Canteleu estaba al corriente de los preparativos del golpe de Estado que favoreció al frente de la administración del departamento del Sena, pero no se encuentran huellas de que se ocupara de una financiación de la operación. Michel Jeune ofreció dos millones, pero después del golpe de Estado. Fueron pues los proveedores quienes subvencionaron la operación, y más concretamente Collot, antiguo municionario del ejército de Italia, que habría avanzado 500.000 francos (Payard, *Le Financier Ouvrard*, 1958). Otro proveedor implicado en el complot, Simons, que obtuvo un importante mercado de madera para la marina, como reconocimiento de sus servicios (Stern, *Le Mari de Mlle Lange, Simons*, 1933). Los proveedores estaban irritados por la nueva política del Directorio: el 4 de octubre de 1799, una ley les había obligado a entregar en el plazo de un mes la cuenta de todas sus provisiones desde 1795, acompañada de justificantes. El 29 de octubre, se les retiró la posibilidad de cobrar con la entrada de impuestos en las diferentes cajas públicas.